



Cuando se intenta adentrar en la naturaleza del conflicto colombiano es conveniente buscar en el marco de la Guerra Fría los denominados conflictos de baja intensidad que ayudan a explicarlo, y a partir de esta comprensión encontrar alternativas de solución. Una revisión a los conflictos en El Salvador, Nicaragua y Guatemala sitúa la Guerra Fría en el contexto cultural y político de América Latina y la experiencia de guerra ya superada en esos países, puede proporcionar elementos o factores que transferidos al entorno colombiano, den luces a la formulación de estrategias que propicien espacios de concertación para resolver las diferencias y construir el proyecto de nación que se desea, sin dejar de aprovechar también las vivencias del postconflicto.

La experiencia de los conflictos

CENTROAMERICANOS

¿Cambia la naturaleza de la guerra?

✦ Por Coronel Ricardo Vargas Briceño • *MBA de la Universidad de los Andes, estudiante curso CAEM, 2005.*

Las circunstancias de las últimas dos décadas del siglo pasado, han sido extremadamente cambiantes a tal punto que las cosas que ayer parecían impracticables hoy son posibles y aceptables. Esta aproximación académica debe afirmarnos en el propósito de no inventar la rueda, sino que por el contrario, permitimos reconocer y validar el camino ya recorrido por otras naciones y tomar de los procesos cumplidos y sus resultados conocidos, aquellos factores que sirvan a la solución. De no darse esta relación positiva, la negación debe servir al mismo propósito. Con frecuencia se afirma que el caso centroamericano no se puede copiar en Colombia, afirmación respetable y que debe acogerse dentro de la lógica que impone la diversidad de los pueblos, pero tampoco se debe negar la posibilidad de recoger la experiencia en orden a oxigenar la iniciativa y la creatividad necesarias, para acelerar los acontecimientos y encontrar caminos que retornen la convivencia pacífica a la Patria con los menores costos en vidas y sufrimiento.

Los factores sobre los cuales se puede reflexionar, incluyen: conceptos políticos que desestiman la utilidad y vigencia de los movimientos armados para reivindicar derechos dentro de democracias cada día más fortalecidas, influencia de las circunstancias de carácter económico y social que plantean ineficiencias de las instituciones democráticas y que acrecientan las desigualdades, y evaluación de la coyuntura cambiante en la política internacional que desborda los presupuestos y cálculos prospectivos más serios. Si la reflexión permite concluir que los factores políticos, económicos, sociales y del entorno internacional se transformaron, necesariamente debe sugerirse la necesidad de reevaluar la naturaleza de la guerra en Colombia y con este ejercicio, la formulación de nuevas estrategias para fijar el horizonte de victoria.

La política ocupa o abandona el primer plano de la escena y lo mismo ocurre con la guerra; es la combinación de su encadenamiento lo que constituye el éxito porque la guerra no está en realidad subordinada a la política.

Contexto centroamericano

Sobre la política y su validez como herramienta para enfrentar con éxito la amenaza a los sistemas democráticos hay que citar algunos pronunciamientos que desde diferentes perspectivas alentaron el camino de las negociaciones en Centroamérica: el primero se sitúa en el campo de la legitimidad del Estado como institución y de los gobiernos entendidos como gestión y promoción del bien común. Los procesos electorales que se dieron en El Salvador y en Nicaragua fueron alejando el fantasma del empleo de las armas, aún en condiciones de democracia o revoluciones triunfantes débiles y procesos electorales imperfectos, y le dieron poder a los gobiernos para acabar con las insurgencias a través de reformas políticas, acción integral y aplicación institucional del poder militar. Los gobiernos nacionales que son legítima y popularmente elegidos, están en perfecto estado para poder acabar con las insurgencias. Colombia, Perú, las Filipinas y El Salvador son testamentos de estos postulados¹. Para afirmar la legitimidad y restarle piso a los movimientos en contra del sistema, la firmeza de sus concepciones democráticas y su reformismo constituyen un peligro para los insurgentes².

El pronunciamiento

La segunda afirmación va ligada a la capacidad de organización política de la población con mecanismos de participación verdaderamente representativos de las aspiraciones colectivas. Sin lugar a dudas la ausencia de partidos políticos fuertes crea vacíos de poder político que pueden ser aprovechados por el adversario, situación que en El Salvador le permitió al Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, FMLN, aglutinar a una gran masa de la población y confrontar al Estado en un esquema reconocido de guerra civil. En Nicaragua ante la ausencia de una estructura partidista bajo Somoza, se habría facilitado la toma del poder por los sandinistas en 1979-1980. Además, otras organizaciones políticas explotan la carencia de fortaleza política tradicional para penetrar ideológicamente, aprovechar las oportunidades

1. Escuela Superior De Guerra. Transcripción del artículo de Michel A. Sheehan "Comparación de estrategias contrainsurgencias de Guatemala y El Salvador. 2005, p. 21.

2. Rouquie, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 233.

que el sistema democrático genera y luego atacarlo. En América Latina este hecho da dimensión a la intervención o expansión de la URSS. Desde 1975, el tercer mundo ofrece un campo ilimitado para el fortalecimiento del sistema socialista³ y los partidos comunistas pescan en ese río revuelto; el partido comunista trata de capitalizar los levantamientos campesinos que han surgido espontáneamente.

Economía y sociedad

Ahora hay que abordar los factores económicos y sociales. El factor económico ligado al tejido social, constituye por sí mismo un argumento para desencadenar un movimiento de inconformidad y crear condiciones para alimentar la *fuerza laboral terrorista*. La concentración de la riqueza expresada en la propiedad de las unidades productivas agroindustriales que aparecieron en los años sesenta y en general del sector primario y de la tierra, dio paso a desigualdades que los dueños y burócratas de manera obstinada se negaron resolver o al menos aliviar por considerarlo un derecho propio que excluyó a la población en general, de la misma manera que su noción de democracia excluye a la izquierda, su noción de bienestar social rechaza las reformas estructurales demandadas por sectores políticos emergentes⁵.

La Reforma Agraria que hubiera podido crear condiciones favorables para anticipar el fin del conflicto nunca se realizó. En este tema es importante anotar que algunas iniciativas gubernamentales que se aproximaron a esta intención de reforma estructural, fomentaron la hostilidad del pueblo hacia las acciones de la guerrilla,



y volcaron favorablemente la opinión nacional. Un ejemplo lo constituye el programa denominado Pueblos Modelo, cuyo éxito consistió en brindar tres líneas de apoyo; tierra, crédito y tecnología,⁶ fomentó sentido de pertenencia social y confiabilidad en un sistema que bien dirigido podía satisfacer las necesidades. Sin embargo, los cambios no estructurales condicionan más el conflicto, pues llena de antagonismos la sociedad misma confirmando la hipótesis de Tocqueville: cuando la economía mejora, las injusticias se vuelven más insoportables, las reivindicaciones más conscientes y la situación puede devenir en revolucionaria⁷.

La descripción anterior toma forma, para el caso centroamericano, en un entorno caracterizado por la desigualdad al que se le suma el protagonismo de la religión con una tarea destinada a la reconquista de la dignidad perdida⁸ y apoyada en la teología de la liberación,



El factor económico ligado al tejido social, constituye por sí mismo un argumento para desencadenar un movimiento de inconformidad y crear condiciones para alimentar la fuerza laboral terrorista.

anticapitalista por definición, fundamentalmente revolucionaria⁹, dando origen a una fuerza social que le da apoyo popular a la insurgencia y le permite experimentar al campesinado un proceso de transformación de conciencia que jugó un papel importante en el desenlace revolucionario que tuvo la crisis de finales de los setenta.¹⁰

Se puede afirmar que la existencia de estos condicionantes económicos y sociales, le quitaron confianza al sistema democrático en sus propósitos de crear desarrollo y brindar oportunidades de realización creciente, haciendo emerger en la conciencia colectiva la necesidad de buscar una manera de eliminar las asimetrías, encontrando en la violencia bajo la propuesta revolucionaria, la mejor herramienta para satisfacer las demandas básicas de los individuos y construir una nueva forma de relación entre los individuos y de éstos con las instituciones del Estado, capaz de realizar el proyecto de nación próspera que sentían les había sido arrebatada en la turbulencia de las dictaduras y las imperfecciones del sistema democrático.

Influencia externa

Bajo las perspectivas políticas y económico-sociales, es necesario ahora observar el entorno externo a la región para advertir las presiones procedentes del mundo bipolar propio de la época, su influencia en los conflictos de Centroamérica y su contribución a la capacidad militar soporte del mismo. La Unión Soviética,

de entonces, Estados Unidos, Francia, Cuba, Nicaragua, la Organización de Estados centroamericanos y algunos países de América Latina, se convirtieron en factor importante para su evolución y desenlace final. La situación en este ambiente, cambiante por demás, estuvo unas veces a favor de los Estados y en contra de los movimientos revolucionarios y en otras ocasiones esta relación se transformó, produciendo efectos importantes en la naturaleza de cada conflicto en particular.

En este contexto hay una decisión importante en la política exterior norteamericana que ve como peligroso el ingreso de la Guerra Fría a América Latina con graves riesgos a sus intereses nacionales y por ello su actitud no se reduciría solamente a la contención de la expansión comunista, sino que, más allá de la distensión, tendrá como objeto hacer retroceder el campo soviético. Sin embargo, la posición no fue del todo absoluta con relación a esa motivación, pues al llevar la estrategia a la arena regional, los diferentes gobiernos demócratas o republicanos de Estados Unidos sometidos a las presiones propias del juego político, vieron condicionada la implementación de la estrategia a requisitos de



3. Rouquie, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 194

4. Rouquie, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 59

5. Rouquie, A. Guerra insurgente. Colombia: Intermedio Editores. 2004, p. 69

6. Escuela Superior De Guerra, Transcripción del artículo de Michel A. Sheehan "Comparación de estrategias contrainsurgencias de Guatemala y El Salvador", 2005, página 17

7. Rouquie, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 86

8. Rouquie, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 110

9. Rouquie, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 115

10. Rangel, A. Guerra insurgente. Colombia: Intermedio Editores. 2004, p. 70



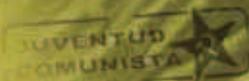
Derechos Humanos y a reformas institucionales que materializaran los objetivos de la intervención, de tal manera que dieran confianza a los legisladores en la proyección del resultado final favorable a los principios de libertad y democracia.

En el caso de El Salvador la política internacional de Estados Unidos centró su apoyo, en estos compromisos: legitimidad política del gobierno nacional por medio de elecciones democráticas, más soldados entrenados y equipados para combatir y neutralizar el FMLN y mejorar todo respecto a las quejas que se tenían en el ámbito social y económico aliviando el problema económico.

En el escenario de la Guerra Fría su segundo actor importante, la Unión Soviética, aparece a finales de la década de los setenta con una intención clara sobre América Latina. Los acontecimientos previos relacionados con la revolución cubana en 1959, la caída de Salvador Allende en Chile en 1973 y de la dictadura de Somoza en Nicaragua en 1979, producen dos efectos importantes: el primero de ellos es un giro de URSS en su política exterior hacia el Tercer Mundo al pasar de una intención basada en relaciones de Estado a Estado de carácter más bien comercial, a una de carácter ideológico y expansionista del sistema socialista. Aparece la estrategia oblicua, la cual se basa en la solidaridad internacionalista con los movimientos de liberación nacional que debilitan el campo imperialista, es decir, Occidente¹². En América Latina se pone en tela de juicio la vía pacífica y parlamentaria al socialismo y tanto en la doctrina como en la práctica, América Latina parece convertirse en un objetivo soviético¹³.

El segundo efecto es la motivación que produce este apoyo y el ejemplo de la revolución cubana, que estimula los proyectos revolucionarios en gestación en América Latina y que tienen por objeto derrocar dictaduras, personales, corporativas o partidistas¹⁴. La causa se ve realizable con el empleo de las armas, que dan vida a la violencia como único método para hacer presencia y presionar cambios en la conducción de los Estados. Aparecen consignas clamando el derecho del pueblo a armarse y toman su vocería para conducir la insurgencia. En El Salvador por ejemplo, el *Foquismo Revisite* se inspiraba en las lecciones de los guevaristas arrepentidos, según los cuales *ni las armas sin el pueblo ni el pueblo sin las armas* pueden dar la victoria a los revolucionarios¹⁵.

Si bien la bipolaridad en el poder mundial dio origen a la confrontación armada en diferentes regiones del planeta, no todas las potencias occidentales se comprometieron en ese juego de la guerra y guardaron posiciones conciliadoras frente a las ideologías enfrentadas. Particularmente, se dice que Europa miró los conflictos en América Latina bajo una perspectiva diferente. Las opiniones públicas europeas son sensibles a los problemas centroamericanos y están relativamente bien informadas¹⁶. Pero, la posición pacifista o simpatizante se expresa mejor en esta frase del presidente Mitterrand quien define en una oración la posición francesa frente a los pueblos que gritan socorro en Centroamérica: *"me gustaría que Castro no fuera el único que los escuchara"*¹⁷.





Esta actitud, interpretada por Estados Unidos como de distanciamiento, produce dos efectos, el primero se relaciona con las fricciones entre aliados y el segundo estimula a los países inmersos en el problema y a la región como un todo, a buscar soluciones dialogadas que disuadan la acción armada por un lado y la represión por el otro. Como fortaleza o debilidad si se quiere, en los países de Centroamérica no hay grandes fronteras ideológicas históricas y las corrientes de pensamiento penetran en toda la región de una manera casi simultánea. *La verdad es que en América Central la política nunca es estrictamente nacional. La dimensión regional se impone por sí misma.*¹⁸ De manera práctica, las relaciones vecinales construyen un particular entendimiento de las interacciones que se dan entre las naciones con relación a los conflictos y eso mismo les da la capacidad para crear soluciones propias y sentidas de manera conveniente en términos culturales y propios.

De hecho, algunos teorizantes contemporáneos, más allá de Clausewitz, definen la política en términos de fuerza hasta llegar a asegurar que sólo son políticas las decisiones respaldadas por la fuerza... pues el solo hecho de que se ejerza la fuerza basta para establecer que hay política...

Al proyectar en el tiempo el conflicto con todos estos factores en juego, las condiciones se hacen más volátiles y los conflictos en sí mismos sufren transformaciones correlacionadas con los resultados de la confrontación en el plano interno o por los cambios en la política exterior.

Los cambios de gobierno en ambos entornos, externo e interno, traen consigo sus propias ideas de política y con ellas la esperanza, y la aparición de una economía mundial capaz de determinar la viabilidad de los Estados, impactando los procesos revolucionarios pasando de manera pendular la idea de victoria a cada uno de los adversarios.

└ Naturaleza de los conflictos

Para Sheehan la naturaleza del conflicto fue cambiando de tal manera que las motivaciones que impulsaron la acción insurgente si bien no desaparecieron plenamente sí empezaron a resolverse mediante reformas que se promovieron desde el gobierno legítimo pasando por la presión y el apoyo internacional para cada uno de los bandos en contienda. La naturaleza de la guerra en El Salvador fue cambiante; en la primera etapa entre 1980 y 1984 fue casi total contra el establecimiento con una intención de victoria rápida pero con poca preparación política, una Revolución Clásica; en la segunda, entre 1984 y 1989, la ecuación en el campo militar es más equilibrada y se hace énfasis en ganar la población civil, lo que se traduce en una Guerra Civil en la que dos ejércitos en conflicto, con sus propios objetivos y proyectos políticos y militares, se enfrentaron por el Estado¹⁹.

11. Escuela Superior de Guerra. Transcripción artículo de Michel A. Sheehan "Comparación de estrategias contrainsurgencias de Guatemala y El Salvador". 2005, p. 9
 12. Rouquié, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 194
 13. Rouquié, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 196
 14. Rouquié, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 85
 15. Rouquié, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 141
 16. Rouquié, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 267
 17. Rouquié, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 269

No es prudente pensar que la naturaleza de la guerra es más política que militar, ni que lo militar prima sobre lo político. Pensar así, puede llevar a la falsa creencia de que una organización como las Farc privilegia más la organización popular o el tejido social revolucionario

En la fase final del conflicto el retiro del apoyo de Estados Unidos al Gobierno de El Salvador debido a las violaciones de los Derechos Humanos y de otra parte al retiro del apoyo de URSS, dados los procesos de disolución que ocurrieron en la misma época, con impacto en las economías de Cuba y Nicaragua y en sus proyectos de expansión revolucionaria, crean una presión importante que obliga a cambiar nuevamente la guerra y entrar a una fase de negociación en la que cada jugador quiere estar sentado con más derecho que el adversario. Las reformas políticas y la mejor aproximación a un sistema democrático quitaron piso a las motivaciones de violencia.

Realidades encontradas

Los factores políticos, económicos y sociales y del sistema internacional, guardan realidades parecidas, respetadas las proporciones y particularidades, para que se ventile la experiencia de manera válida y se llegue a una solución en el conflicto colombiano.

En el campo político las similitudes afloran entendiéndose que sólo hasta mediados del siglo pasado la pasión partidista cedió espacio, aunque precario, a la creación de un sentimiento de identidad nacional. En Colombia se nació liberal o conservador antes que colombiano. A este carácter partidista se asocia también el deficiente y *amañado* manejo de la cosa pública que generalmente respondía a caprichos personales con un tinte ideológico no muy profundo que en pocas ocasiones contribuyó a la construcción de la idea de nación con intereses compartidos en una voluntad nacional.

En este marco, que restringe además otras manifestaciones, es decir excluyente en sí mismo, nacen los movimientos que encuentran en la violencia la manera de hacer valer sus derechos y que pasada la mitad del siglo recibe el aliento de la expansión del socialismo soviético y de la revolución cubana para dar paso a la

insurgencia que hoy todavía se combate en el país. Apoyado en estas circunstancias, Jacobo Arenas en Colombia, ideólogo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Farc, afirmaba que las guerrillas son desde sus comienzos organizaciones militares irregulares que se proponen un fin político por medio de la lucha armada²⁰ Bien podía afirmarse que en el conflicto colombiano las Farc, son un movimiento eminentemente político,²¹ expresión que en los primeros años de la década de los noventa comienza a ceder paso a una realidad delincuenciales antes que ideológica.

Dos razones soportan esta última reflexión desde la perspectiva política; la primera se refiere a la reforma constitucional de 1991 que fortalece la democracia y con ella la participación de las minorías en la vida política colombiana, cambio que bien permite asimilar esta frase de un simpatizante sandinista "la época ha cambiado, la cultura política representativa se impone incluso en América Central". Como señalaba últimamente un simpatizante sandinista nostálgico: "ahora la legitimidad viene de las urnas y no del monte"²². Y la segunda, a la penetración



del narcotráfico como fuente de financiación que le produce enorme poder y enriquecimiento, se suma el que los argumentos y los métodos para persistir en la lucha armada cambien dramáticamente, acumulando terror y destrucción en contra de las razones para existir.

De manera consecuente pero paradójica, los partidos políticos no fortalecieron la Unidad Nacional dando oportunidad a la violencia que se expresó plenamente en las guerras del siglo XIX, de los años 50 del siglo XX y que en el Frente Nacional negó sistemáticamente la integración de la comunidad nacional en un contexto que fuera más allá de los intereses de los partidos políticos. Además, ambos partidos reproducen en sí mismos la fragmentación territorial. Cada uno de ellos no es más que una constelación de clientelas o de redes de dominación local dotadas de una fuerte autonomía²³. Lo que resulta de esta inconsecuencia entre la realidad y la ambición y conveniente afiliación partidista, es una sociedad que no se siente representada en las organizaciones políticas y así accede al siglo XXI, fragmentada, reuniéndose alrededor del primer liderazgo resultante en el fragor de la política. Estos vacíos de poder político fueron aprovechados para sembrar el proyecto insurgente y prolongarlo más allá de las ciudades en una dinámica de tierra sin ley, en donde los actores armados sustituyen y rempazan al Estado con un proyecto cocalero que estimula la subsistencia.

En el campo económico la estructura productiva del país fue débil, dependió en diferentes épocas de auge del monocultivo, la quina y el caucho en el siglo XIX y el plátano y el café en el siglo XX.

La riqueza se concentró desde entonces en pocos, quienes influyeron permanentemente en la política para obtener por vía legislativa prebendas que incrementaran esa riqueza y consecuentemente las desigualdades. A la falta de desarrollo económico se asocia la influencia de la religión en el diario acontecer de la política nacional, que en términos prácticos gobernó en la época de la república conservadora durante cincuenta años de 1880 a 1930, imponiéndose en la educación y de manera importante en la concentración de la riqueza a través de la posesión de grandes propiedades de tierra. Pero no siempre estuvo de parte del gobierno de turno disputando el poder real. En los años sesenta y siguientes, parte de la Iglesia se hace protagonista en el surgimiento de los movimientos insurgentes.

La corriente filosófica que caracterizó la Teología de la Liberación, también abordó los procesos sociales logrando dar dirección y fundamento a la guerrilla del ELN. El cura español Manuel Pérez, hasta su muerte, fue el ideólogo visible de este movimiento, pasando por sacerdotes como Camilo Torres y muchos otros de los cuales algunos aún dan aliento a la izquierda armada. Una de las demostraciones permanentes de descomposición del tejido social es lo que podría denominar la economía de semáforo, creada por cientos de desplazados y de población marginal que en su diario vivir muestran las desigualdades alimentando el odio y las tensiones sociales en las principales ciudades capitales. Este hecho es sintomático de la decadencia de la agricultura y de la ganadería, economía del sector primario, incapaz de absorber la inmensa cantidad de población no capacitada para desempeñarse de manera económicamente activa en el mercado laboral.



18. Rouquie, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 32

19. Rangel, A. Guerra insurgente. Colombia: Intermedio Editores. 2004, p. 90.

20. Rangel J. Cese al fuego. p. 78

21. Arenas J. Cese al fuego. p. 71

22. Rouquie, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, página 303



También lo es, la falta de instituciones del Estado destinadas a revertir el fenómeno de manera positiva. Asimismo, la globalización parece estar destinada a atacar esta estructura económico-social, que ha sido la más impactada por el conflicto con consecuencias en los ingresos de la mayoría de la población. Adicionalmente, es importante reconocer el efecto de la concentración de riqueza. Colombia es uno de los primeros ocho países del mundo con mayor desigualdad y el tercero de Latinoamérica después de Brasil y Nicaragua. El desempleo continúa en niveles superiores al 15% y la población con bajos ingresos o sin trabajo formal es casi de un 40% de la población económicamente activa. En la última década aparece la crisis del sector cafetero con consecuencias favorables a las organizaciones narco terroristas, tal crisis promovió reciente declaración de legisladores de Estados Unidos:

"En Colombia -dicen los legisladores- hay un nexo directo entre el café y el éxito de la estrategia contra narcóticos y antiterroristas de Estados Unidos en el país". Su preocupación por el bienestar de la industria cafetera en la región andina es un asunto de "seguridad nacional". Subrayan, por ejemplo, el caso del departamento de Nariño, donde el 40% de la tierra fértil y apta para el café hoy está sembrada con amapola. "Lo que hay que entender es que el café es una barrera contra el narcoterrorismo y por eso hay que protegerlo"²⁴.

Cuando se dimensiona el desplazamiento o la población marginal que constituye el 60% de la población colombiana, situación recurrente a través de la historia social del país, es válido afirmar el desconocimiento del otro como una fuente de energía moral que alimenta el conflicto. Cuando no se reconoce al otro como un semejante, difícilmente se podrá construir un sistema de pacificación de las conductas y de auto moderación, basado en la igualdad de condiciones²⁵. La consecuencia natural es la conciencia colectiva de pérdida de confianza en las instituciones y una creciente población flotante absorbida por el narcotráfico, que





se desplaza con los cultivos de coca y con los actores armados, en un ir y venir dentro del conflicto dejando desolación y desarraigo, incrementando la falta de identidad o pertenencia a una comunidad cualquiera que se organice para arraigar las tradiciones y dar un sentido de vida a la vida misma.

Colombia y el nuevo orden mundial

Como en el caso centroamericano a estas circunstancias de orden político, económico y social, los cambios en el orden mundial también influyen notoriamente en la evolución del conflicto colombiano. Después de reconocer la expansión del socialismo al Tercer Mundo y el protagonismo de la revolución cubana en los movimientos revolucionarios de América Latina, resulta importante hacer notar cómo la disolución de la URSS impactó a Europa del Este, al Asia Central y a los movimientos armados de esta parte del continente americano. La pérdida del poder político del Frente Sandinista de Liberación Nacional, FSLN, en Nicaragua en 1990; el proceso de paz en El Salvador resultante de la imposibilidad política y armada del FMLN de alcanzar el poder en 1991; la estrechez económica de Cuba y su imposibilidad de continuar apoyando movimientos insurgentes en el mundo y el retiro de tropas cubanas de Angola en 1991, son indicadores claves de la manera como la situación se hizo cambiante.

A pesar que los principales grupos terroristas colombianos Farc y ELN mantuvieron una relativa vigencia ideológica en algunos sectores de pensamiento europeo y en Cuba, para la Federación rusa y la ex-repúblicas soviéticas estos movimientos carecen de vigencia ideológica y práctica. A finales de la década de los ochenta y comienzos de los noventa se llegó a pensar que estas circunstancias traerían como consecuencia lógica el acercamiento a procesos de

negociación que condujeran a la desmovilización de las guerrillas colombianas. Muchos factores se conjugan para estimular, encuadrar e incluso acelerar el proceso de paz. El derrumbe del comunismo no es el menor de ellos²⁶. Pero contrario a estos cálculos optimistas, aparece el narcotráfico dando nuevo aire a estas organizaciones ilegales renovando su capacidad terrorista y de confrontación a la nación colombiana, con autonomía financiera capaz de sostener su estructura y logística de guerra.

Es procedente plantear la discusión acerca de la transformación que hubiese podido dar en la naturaleza de la guerra del conflicto colombiano. En los últimos años, como se ha citado, han operado cambios importantes en el orden mundial que terminan con la declaración de guerra al terrorismo producida después de septiembre 11 de 2001; en el orden interno colombiano también se han dado como ocurrió con la nueva constitución de 1991 y con la comentada aparición del narcotráfico en las finanzas de los grupos terroristas. Probablemente, el centro de gravedad siga siendo la legitimidad, pero no exclusivamente en la acción represiva del Estado, esta debe expresarse en todo lo que significa Estado. El narcotráfico es un elemento desestabilizador que para su control va más allá de voluntad nacional y que en últimas la creación de un tejido social fuerte, puede ser más efectivo que la política de fuerza.

Los economistas Hershel I. Grossman y Daniel Mejía acaban de publicar una investigación que muestra que es casi cinco veces más rentable para Estados Unidos, en términos de kilogramos coca destruidos, invertir más dinero en el segundo frente, la lucha por el control del territorio, que en las actividades de fumigación interdicción (www.nber.org/papers/w1114)²⁷.

23. Pecaut, D. Guerra contra la sociedad. Colombia: Editorial Planeta Colombiana, S.A. 2001, p. 57

24. El Tiempo, "Congresistas de E.U. dicen que el café es una barrera contra el narcoterrorismo y piden protegerlo" SERGIO GÓMEZ MASERI, Corresponsal de EL TIEMPO Washington, Enero 30 de 2005

25. Rouquie, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo cultura económica. 1994, p. 37



Soluciones regionales

Adicionalmente, a la suspensión de la injerencia ilegal de algunas naciones en los conflictos propios de la Guerra Fría, se han venido conformando organizaciones regionales como una manera de fortalecer países individualmente débiles frente a la penetración de la globalización. Para América Central el apoyo de organizaciones regionales, como el Grupo de Contadora, contribuyó a generar circunstancias que facilitaron la negociación y la paz en El Salvador y el regreso a la democracia en Nicaragua. Cuando en el

mundo toma fuerza la conformación de poderes regionales para enfrentar con importante peso específico a los bloques de poder, hoy se escuchan argumentos como el que sugiere que la solución al tema de Irak y en general a conflictos aún en desarrollo, debe pasar por consultar a la región y a las comunidades de países vecinos para que mediante acciones coordinadas se estimulen las soluciones con amplia garantía de aceptación e inserción y suficiente legitimidad ante la comunidad internacional.

En el espacio regional de América del Sur se encuentran organizaciones como la Organización de Estados Americanos, OEA y la Comunidad Andina de Naciones, CAN, que todavía no muestran capacidad real para dar respuesta a solicitudes de cooperación en tal sentido, pero no por ello debe despreciarse el valor que estas organizaciones tienen, si se proponen aportar con decisión a la solución de conflictos dados los intereses regionales o vecinales en entredicho. Revisados

los factores propuestos, las similitudes en los dos contextos permiten exponer la posibilidad de tomar los hechos que propiciaron el fin de la guerra en Centroamérica, para emprender caminos que en el caso colombiano no se han intentado o que habiéndolo hecho, sus resultados no fueron los deseados por obedecer a programas o propuestas implementadas de manera tímida, incompleta o fugaz.

Lo que parece importante en el caso centroamericano, es ver cómo paralelamente a los cambios presionados por los resultados de la confrontación en el plano social, político y económico, o por la acción internacional, se produce una evolución en el pensamiento de las partes dando paso a una conciencia clara de terminar el movimiento revolucionario por vía de las armas y preservar la nación, bajo postulados de libertad y democracia, a la mejor manera occidental. Las diferentes fuerzas en disputa del poder y de la razón, formularon estrategias para ganar, con un horizonte de victoria compartido en el que el primer beneficiario fue el proyecto de nación concertado sobre las bases de su identidad forjada en las tradiciones y en los tiempos, que a pesar de no actuar siempre de manera integrada si dan fe de resultados constructivos de prosperidad.

Lo que parece importante en el caso centroamericano, es ver como paralelamente a los cambios presionados por los resultados de la confrontación en el plano social, político y económico, o por la acción internacional, se produce una evolución en el pensamiento de las partes dando paso a una conciencia clara de terminar el movimiento revolucionario por vía de las armas y preservar la nación, bajo postulados de libertad y democracia, a la mejor manera occidental.

Conclusiones

Este análisis permite plantear, si en el caso colombiano las estrategias están destinadas al mismo propósito de ganar de una vez por todas y terminar el conflicto, o si obran separadamente con fines diferentes y también desintegrados. Para solucionar la tragedia nacional se requieren de medidas audaces y realmente reformadoras de viejas prácticas enquistadas desde el nacimiento de la República. Las primeras a estimar, deben estar dirigidas a regular la concentración de riqueza, y de otra parte, al acompañamiento en la gestión política, con una apertura de actitud real tanto en el pensamiento político como en la participación de quienes en un tiempo disputaron la idea de nación: la cohabitación estilo nicaragüense es sin duda un mal necesario para evitar una nueva guerra civil.²⁸

La reflexión bajo sentimientos de Patria, identificada en la idea de la colombianidad compartida, es si quienes detentan el espacio político dominante se le miden a la construcción de país liberándose del poder económico que da la tenencia de los factores de producción entre otras cosas.



Si bien la dimensión de la confrontación no ha alcanzado en ninguno de sus estadios evolutivos la connotación de guerra civil, el conflicto armado interno si ha perdurado y amenaza con continuar, ¿por qué?, ¿son acaso la pobreza o el narcotráfico una de las causas? Si el conflicto no es un resultado de la miseria y la pobreza, la historia y Tocqueville enseñan que no es la miseria la madre de las revoluciones²⁹, entonces es conveniente como ejercicio al menos, poner acento en los temas de la negociación centroamericana con una dimensión propia al caso colombiano

La disputa de control territorial o el derecho a parte de éste como botín político; el tiempo como un factor que hay que detener como aliado de las organizaciones narcoterroristas, tienen que saber que la persistencia es un propósito nacional y no partidista; el impedimento a afianzar su capacidad militar como un elemento de presencia y de derecho en la mesa de negociación; los Derechos Humanos y las alianzas internacionales como condición para fortalecer la legitimidad del gobierno y restar posibilidad de posicionamiento a las organizaciones narcoterroristas; la gestión de organismos multilaterales y regionales sobre lo que conviene al país y a la región; y el convencimiento interno de que acordar reformas estructurales no es entregar la integridad territorial o negociar la institucionalidad; en el plano ideológico no debe perderse la idea de que la izquierda no se acaba, lo que se termina es la política con las armas.

Lo que enseña la propia experiencia a través de diferentes procesos y los hechos que en este documento se han revisado, es que no se resolverá el problema mediante el solo desarme de los rebeldes si no atacando las verdaderas causas de la insurrección³⁰. Queda por verse el postconflicto en esos Estados centroamericanos después de diez años, para reforzar la intención de aprovechar la experiencia. ✎

26. Rouquie, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo Cultura Económica. 1994, p. 292

27. Rouquie, A. "¿Más gasto militar?". En El Espectador, edición semana del 6 al 12 de marzo de 2005, p. 16A.

28. Rouquie, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo Cultura Económica. 1994, p. 309

29. Rouquie, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo Cultura Económica. 1994, p. 17

30. Rouquie, A. Guerra y paz en América Central. México: Fondo Cultura Económica. 1994, p. 317